

LOS IDIOTAS PREFIEREN LA MONTAÑA
(Y EN MI INTERIOR YO TENGO UNA PLAYA)

**ALOMA
RODRÍGUEZ**

**LOS IDIOTAS
PREFIEREN
LA MONTAÑA**



Primera edición: marzo, 2024

© del texto: Aloma Rodríguez, 2016, 2023

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2024

Ilustración de cubierta: Patricia Cruz (LaPatry Cruz)

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S. L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>

Impresión: Kadmos, S. C. L.

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-10234-04-8

Depósito legal: M-4762-2024

Thema: FBA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

ÍNDICE

LOS IDIOTAS PREFIEREN LA MONTAÑA	13
EPÍLOGO	111
AGRADECIMIENTOS	115

*Haga lo que quiera
pero póngase en flor.*

MUY POCA GENTE

Me desperté tarde. No sé si tenía un mensaje o solo las llamadas perdidas. Estaba sola en casa. Devolví la llamada. Tu socio cogió el teléfono y me dijo que habías muerto. No podía creerle y respondí: «¿Me lo juras?». Hasta eso era herencia tuya. Era el 9 de julio de 2008. Habías tenido un infarto mientras dormías. Aún no habías cumplido los cuarenta.

Me acuerdo de haber oído el teléfono sobre las nueve, ver que era él y haber seguido durmiendo. Por un instante pensé que te había pasado algo. Luego me dije que habría pasado algo en el bar. Se me ocurrió llamarte y no sé si llegué a hacerlo. Eso es lo que recuerdo de esa mañana: yo estaba sola en casa, Barreiros había ido a comprar algo a Fnac y hablé con tu socio. Me acuerdo de que me sentí culpable por no haberle cogido el teléfono la primera vez.

Empecé a trabajar en tu bar en marzo de 2007. Me emborraché allí, pagué mis cervezas y te pregunté si necesitabas a alguien. La verdad era que sí, y yo lo sabía. Conseguiste mi

teléfono y me llamaste una semana después. Contestó mi hermana pequeña. Quedamos al día siguiente, domingo, en la terraza del Praga, en la plaza Santa Cruz. Llegué tarde y bromeaste: me dijiste que así no iba a conseguir el trabajo y que tachabas puntualidad como una de mis virtudes. Tu bar se llamaba Bar Bacharach, un homenaje y un juego de palabras con el nombre, Burt, del compositor de un montón de canciones para otros. Una de las más famosas es «Raindrops Keep Falling on My Head». Era el tipo de bar en el que cuando te encontrabas con alguien te preguntaba qué hacías allí. Era el bar de moda. Era blanco. Era rectangular. Tenía dos mesas bajas, una especie de sofá y una ventana muy grande. La puerta era de madera y de cristal. Desde dentro de la barra se veían las cúpulas del Pilar. Me enseñaste a abrir el bar: quitar los candados, abrir las rejas y encender la luz. Para llegar al interruptor general en la caja de fusibles usabas dos cajas de cerveza vacías como escalón. Me dijiste que tuviera cuidado, que así fue como te habías caído y te habías hecho el moratón que nos enseñaste a mi hermano y a mí una tarde que fuimos a tomar una cerveza a tu bar unos meses antes.

Más cosas que recuerdo de esa mañana: no sé en qué orden, hablé con mis padres, con mi hermano, con Barreiros, con Almudena, la otra camarera de tu bar, cancelé la cita que tenía esa misma mañana y le mandé un correo al escritor Félix Romeo, que estaba de vacaciones en París. Me llamó inmediatamente. También hablé con un amigo tuyo y me acuerdo de que otro no me cogió el teléfono. Todo esto lo recuerdo como si lo hubiera visto en una película. Estaba

sola en casa y lloraba. Barreiros estaba de camino y yo no sabía qué hacer. Llamé a mucha gente, como si contarle me ayudara a creérmelo. Me daba miedo ver a Maribel, tu novia. Me acuerdo de haber hablado con alguien en la esquina de mi casa mientras iba de camino a la de uno de tus amigos, enfrente de la vuestra, donde se había establecido algo así como el velatorio oficioso. Almudena me había dicho que iba para allí. Y yo no sabía si ir o no, no sabía qué tenía que hacer. Fui. No recuerdo quién nos abrió. Maribel llevaba un jersey blanco y lloraba. La abracé. Nos dijo que se estaban llevando tu cadáver, que ya habían certificado tu muerte y que por eso no estaba en vuestra casa.

Maribel y yo no éramos especialmente amigas mientras estabas vivo. Creo que ella era más amiga de Almudena. Tú siempre decías que las unía Levante: Maribel es de Alicante y Almudena vivió un tiempo en Elche. Así que yo no sabía qué decir ni qué hacer. Tampoco habría sabido qué hacer si hubiéramos sido amigas. Pero la complicidad la tenía contigo. Además, la mayoría de las veces que yo estaba en el bar era para sustituir a Maribel, y me había hecho amiga de Almudena trabajando en el bar. A Maribel la veía poco y casi siempre contigo. Sabía más de ella por lo que tú me decías que por lo que la veía. Me contabas lo que te decía de tus cuentos y tus poemas. Sé que te dijo que los poemas le habían dejado un poco fría. Sé que la novela que tenías a medias, en cambio, le estaba encantando. Me dijiste que te parecía muy guay poder compartir eso con tu pareja y que fuera sincera. En realidad, dijiste «muy chulo», que era una de

tus expresiones favoritas. Las películas que te gustaban eran chulas, los libros que te impresionaban por algo eran chulos, las canciones que te gustaba poner eran muy chulas, y a veces superchulas. Me acuerdo de que la conversación que tuvimos sobre lo que le parecían a Maribel las cosas que escribías fue en una de las calles paralelas a la calle Alfonso, por detrás de la plaza en la que está la chocolatería Valor. Puede que fuera de noche, después de cerrar el bar, o puede que fuéramos a picar algo o puede que fuera por la tarde. No me acuerdo de si hacía calor o frío, me acuerdo de que paseábamos y yo no quería parecerte una idiota.

Me había independizado prácticamente nada más volver de París, donde había estado de Erasmus. Hice el último examen en diciembre de 2006 —Literatura Española del siglo xvi, optativa, con Aurora Egido— y en enero de 2007 me mudé con Barreiros a la avenida Goya. Ese año me matriculé en el CAP y en el doctorado. También empecé a estudiar fotografía. Me seguían llamando de vez en cuando para trabajar en Dinópolis, Teruel, o en algún espectáculo de animación infantil. Pero el bar me proporcionaba unos ingresos estables, aunque fueran exiguos. Y me permitió ir dejando poco a poco ese mundo de bolos mal pagados en el que siempre me trataban como si me estuvieran haciendo un favor.

Barreiros y yo fuimos a recoger a la familia de Maribel a la plaza del Pilar: habían dejado el coche en el aparcamiento.

Me daba miedo no reconocer a la familia de Maribel: nunca los había visto. Pero eso no pasó: se parecen mucho a ella. Me acuerdo de su madre, de su hermano y de su tío. Creo que vino alguien más, alguna tía a la que he olvidado. No sé de qué hablamos. Imagino que me preguntaron por Maribel y cómo había sido todo. Para entonces, ella ya nos había contado que se despertó muy pronto: tenía que ir a Huesca a leer el examen de las oposiciones que había hecho unos días antes. Había dejado todo preparado la noche de antes. Fue a vuestra cama: había dormido en el piso de abajo porque estaba nerviosa y temía no poder dormir o despertarte por la mañana. Dijo que pensó que le estabas gastando una broma porque tenías los ojos abiertos. Te tocó el pie. Te pidió que le dieras un beso para darle suerte. Se asustó. No respirabas. Se acercó a tu corazón: no oyó la válvula mecánica que sustituía una de las tuyas. Estabas muerto.

Dejamos a Maribel y a su familia en la casa de tus amigos y nos fuimos a comer hamburguesas al bar de abajo. Nunca he vuelto allí, aunque las hamburguesas estaban bastante buenas. Después de comer fuimos al tanatorio. Íbamos en taxis o en coches de otros, como si fuéramos de excursión. Todos llorábamos. En el tanatorio bebimos y fumamos. Saludamos a tu familia: tus padres, tus hermanos, tus sobrinos. La mayoría de tus amigos estábamos fuera con vasos de plástico vacíos que usábamos de cenicero. Nos turnábamos para ir a por cerveza. Llevábamos gafas de sol. Apenas veía nada: de tanto llorar se me habían empañado las lentillas.